

ni los gritos del hijo del poeta, que se ha convertido en un elástico y fuerte muchacho, braceando en la minúscula piscina; ni tampoco se puede oler la seca fragancia que se filtra del monte y de los pastizales amarillos, pero a cambio invito a captar ese otro aroma más sutil y especulativo que es el de la continuidad, el de las herencias vivenciales, el de la urdimbre temporal, el de la amarga y tierna persistencia que ha de constituir el «contenido del corazón», alegre entonces por efecto de las ociosas horas veraniegas y la confianza del poeta al ofertar una parcela íntima, pero enteramente desolado si lo pienso ahora en función de los malditos pájaros fugitivos. Seguimos. Luis Rosales, con el brazo en cabestrillo, pero no está en la cama ni en su casa: está paseando por el húmedo y sensual verano de la Costa del Sol, entre el moscatel, las sardinas asadas y la zozobra de las damas de noche de Málaga, durante un festival de cante flamenco en el que bailó Pastora Imperio. Por la noche—según la nueva imagen que aparece—hubo una de esas reuniones masivas en el local de la peña Juan Breva. El piso amenazaba venirse abajo. Atolondramiento y calor. Alguien se puso a grabar en cinta magnetofónica, con destino a una emisora de radio o a no sé qué, declaraciones de los contertulios significados sobre el festival. Todos dijeron sus palabritas, correctas, normales: el delegado de esto, el aprendiz de poeta, el discursador de encargo, la mayoría personas, si no directamente mediocres o pedestres—había excepciones—, al menos personas tópicas en cuanto abandonaban su universo de exclusiva relevancia popular. Luis Rosales, en camisa, con el brazo malo, enfrascado en la situación, se puso a hablar frente al micrófono que solícitamente le ofrecían, se equivocó o, mejor dicho, quiso matizar un concepto, dijo que borrarán aquello y, finalmente, se encogió de hombros. No grabó. Estaba en otra cosa. Estaba exactamente fuera de la medida mínima y fútil que requerían las circunstancias. En dos palabras: era lo suyo un *demasiado estar*, ¿se entiende? Seguimos. En contraste confirmatorio, la investidura de académico, el protocolo, los personajes, los discursos, el gran público que abarrotó el salón, arriba y abajo, y Luis Rosales, de etiqueta, puntualiza la memoria del conde de Villamediana, entre barbas venerables, intelectuales y dignatarios, la memoria que más de cien años antes y en la misma sala, por boca de Hartzenbusch, se hubiera deteriorado en cuanto a su veracidad histórica. Por algo Luis Rosales puso al frente de su *Cervantes y la libertad* (3) el verso de Rilke:

---

(3) Importante obra que, no ya en sus conclusiones teóricas generales (en su concepción de la libertad), sino en lo que tiene de esclarecimiento sobre la apropiación de la personalidad y sobre el material constituyente en el ser y en la cultura española, aparte de una densa aportación poético-filosófica, no ha sido suficientemente valorada, aunque tampoco cabe asombrarse demasiado, pues si

«Era poeta y odiaba lo impreciso». Conciliar la reputación que tiene Luis Rosales de hombre poco apto para las cosas prácticas en general y su amor por la precisión, en el orden que sea, nos daría una pauta adecuada sobre su carácter y, al mismo tiempo, nos daría un estupendo pretexto para inmiscuirnos en el proceso de depuración de la superabundancia cotidiana, tema demasiado ancho que, no obstante, es imposible abandonar sin echarle un cable. El caro verso de Rilke tiene múltiples efectos traslaticios, entre los que no son menores la emotividad—el sentimiento, el fervor humano, el acendramiento—y el practicismo—el dato, la precisión, el rasgo indeleble—, efectos a los que en gran medida responde Luis Rosales, ya que, si estamos dispuestos a aceptar en él alguna clase de «utilitarismo» (el concepto es retorcido, lo confieso, pero «utilitarismo» en este caso alude a «odio a lo impreciso») es a condición de que éste se ejerza sólo desde la emoción exacerbada. Y ya tenemos clara y a punto una definición en la que se realiza el verso de Rilke y el sentido de la cita: Luis Rosales es poeta, y preciso, porque opera con la emoción y el dato de la emoción (4). Las grandes entidades con que normalmente se van construyendo el hombre y la poesía—el pasado, los recuerdos, el amor, la pena, Dios, la muerte—no aparecen sólo en su calidad de efusión sentimental absolutizada, sino *devengadas*, como producto si se quiere esencializado o equivalente en demasía de un proceso que se ha consumado antes de disponerse al desempeño del oficio poético o de un poema en cuestión. *Sé que este párrafo no se entiende*. Puedo pedir perdón, pero no escribirlo de otra manera. Una vez estaba yo comiendo melón y me preguntó mi hijo (seis años): «¿A qué sabe el melón?». Me debatí un rato paladeando aquello e impotente respondí: «Sabe a melón». Otra vez me invitaron a un típico asado criollo y habían olvidado aderezar la carne con sal. Tenía un gusto raro. Empecé: «Esta carne..., es curioso, tiene un gusto a..., sabe como a...». Me cortaron cordialmente: «Sabe a carne.» Me quedé perplejo. Decir que el melón sabe a melón y la carne sin sal sabe a carne es tan exacto y tan evidente que equivale exacta y evidentemente a *no decir nada*, con lo cual se vive la sensación del sabor y, al mismo tiempo, la impotencia de su comunicación, el vacío del dato emotivo—al que no quiero rebajar denominándolo metáfora—y la pérdida de la única

---

de verdad estamos viviendo en una sociedad de consumo que comercializa el producto cultural igual que un insecticida, cualquier ente más o menos circunstancial que sepa o pueda acceder a los canales comerciales aparece de pronto dotado con los signos relevantes de la «frontera cultural», espúrea en el noventa por ciento de los casos.

(4) No exactamente igual que el famoso «correlato objetivo» propugnado por Eliot, ni incluido en el mismo orden de valores de esta frase: «Su poesía: el único producto práctico de todo verdadero poeta» (Dámaso Alonso).

red de designaciones que justifica en serio a la poesía y que hace que la fórmula de mayor calidad expresiva, en este orden y en estas condiciones, sea precisamente el poema. Por eso hablo de Luis Rosales como poeta que nace de la emoción y posee su dato: «Como el naufrago metódico que contase las olas que le bastan para morir, / y las contase, y las volviese a contar, para evitar errores, hasta la última, / hasta aquella que tiene la estatura de un niño y le reza, y le cubre la frente, / así he vivido yo con una vaga prudencia de caballo de cartón en el baño, / sabiendo que jamás me he equivocado en nada, / sino en aquello sólo que quería.»

Dámaso Alonso ha contribuido notablemente a perfilar estas *humanae* Rosales: «Está hecho—dijo en el prólogo a *Rimas*—de una prolongada, densa sucesión de retrasos, discusiones, ternura, teorías, ilusiones, ensayos, delicadeza, ceceos, un corazón como una casa, poemas, amigos, inteligencia inventora, tabaco negro y coñac.» En otra ocasión expresó: «Es un hombre a carta cabal, inclinado al bien y a la benevolencia, amigo de sus amigos y, en principio, de todos sus prójimos; espíritu que ha sabido llevar con dignidad hasta la calumnia, y nada rencoroso, muy lejano de toda idea de lucro, tanto que sus amigos le hemos creído siempre atento sólo a la vida del espíritu y demasiado inocente para la material y económica.» A estas diapositivas conviene agregar—porque mucho me temo que casi se nos disgregue entre las manos como un santo, con la sabia inocuidad de los santos—que Luis Rosales tiene sus momentos de desgarró, sus desplantes dogmáticos («¡Eso es lo que es!» y «¡No hay más cera que la que arde!» son frases corrientes y a veces dañinas en su discutir amistoso) y una educación religiosa que frecuentemente, a nosotros, los que hemos pululado a su alrededor y recibido su amistad dignificante y sus favores, nos ha chocado un poco, sobre todo al comprobar que su fe no se detenía ni quedaba enredada y ambigua en la flexibilidad de la dialéctica, en el cúmulo pragmático de la ortodoxia evolucionada—como le pasa a todo el mundo—, sino que súbitamente descendía (descendía o se elevaba, esto es lo que nunca sabré) a la creencia prístina inalineable, sin adarnes de astucia política ni condicionantes de autocensura, lo cual a su vez ponía de relieve otro conjunto de cosas absolutamente más importantes y válidas que los simples dogmas de fe no compartidos, es decir, márgenes de tolerancia y libertad inéditos hace los años—ocho o diez—a que me estoy refiriendo, máxime si la cuestión se planteaba entre un intelectual maduro con representatividad cultural y jóvenes recién llegados de provincias, como era el caso mío y el de otros, de modesta extracción social y de formación cultural, no ya universitaria, sino aluvial, confusa y som-

bría la mitad de las veces y que seguramente requirió buenas dosis de paciencia. En suma —detengamos unos segundos más la imagen—, y dentro del tejemaneje hartamente complicado de las posturas políticas y religiosas, más o menos extremistas, más o menos de «izquierdas» o de «derechas», yo aprendí en Luis Rosales que la ética digna, el talento y la estimación del prójimo no son valores (o costumbres) de uso exclusivo de determinados credos o bloques de opinión, sino una *praxis* cuando menos individual (atendidas las condicionantes del medio, se entiende) y que cuando se manifiesta supera los etiquetados habituales, por otra parte, imposibles de manejar. Nada más.

De todo lo escrito —y sólo espero que alguien aprecie la dificultad del «tono», lo abrupto de intentar extraer esquemas sobre el comportamiento y estilo de una persona cuya última imagen no está sancionada por la desolación general del tiempo ni por el ordenamiento «natural» del acontecer histórico, tarea ciertamente menos cómoda y desde luego menos gloriosa que la pura exégesis crítica de la obra de esta persona— creo que lo más importante va a continuación: la revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS dedica frecuentes números monográficos a personajes de la cultura española: Menéndez Pidal, Galdós, Valle-Inclán, Panero, Bécquer. Uno está acostumbrado a escribir sobre los muertos, a servir en el protocolo de lo irremediable. Mientras escribía sobre Luis Rosales, al que hace tiempo que no veo con regularidad, me asaltaba una punta de congoja, como una especie de vibración elegíaca. Era despertar cada vez de una breve pesadilla. Por eso lo único verdaderamente hondo es soltar de una vez la maldita máquina de escribir y poder llamar por teléfono a Luis Rosales, que sólo tiene sesenta años, y proponerle un curso de coñacs por las tabernas de Madrid.

EDUARDO TIJERAS